

15° Domingo Ordinario – Ciclo C

10 de julio de 2022

P. Lorenzo Amigo
Sacerdote Marianista

¿Quién es mi prójimo?

El panorama mundial ha retrocedido al tiempo no sólo de la guerra fría sino propiamente de la guerra caliente, con amenazas veladas al empleo de bombas atómicas. Existen actualmente más de quince guerras que están produciendo millares de víctimas y destruyen las ciudades y hacen de la vida una pesadilla. El ideal de **fraternidad universal acariciado** por el Papa Francisco en «Fratelli tutti» se ha venido abajo e impera el poder del más fuerte. Los más débiles, están cayendo en manos de los bandidos como el pobre hombre del que habla Jesús en la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37). Las mafias hacen el agosto a cuenta de los emigrantes y refugiados.

Hoy más que nunca necesitamos una Iglesia samaritana, que sepa acercarse a las víctimas de nuestro mundo. El Papa Francisco la ha llamado “hospital de campaña”. Es momento de actuar, de hacerse próximo y cercano a todos los que yacen maltrechos. Es un mandamiento sencillo de cumplir. Basta **querer ponerlo en práctica** (Dt 30,10-14). No se nos pide ir al fin del mundo sino simplemente de hacernos cargo de nuestra realidad circundante.

La Iglesia ha sido especialista a lo largo de la historia en ver las necesidades y crear respuestas adecuadas en forma de instituciones. Las necesidades hoy día son tan grandes que superan la capacidad de acción de los creyentes. Por eso debemos estar dispuestos a colaborar con todos los hombres de buena voluntad, que sienten compasión y están dispuestos a mancharse las manos para hacerse cargo de las personas heridas y sangrantes. Es necesario seguir impulsando el voluntariado como la manera concreta de realizar hoy día **las obras de misericordia**, que están en el centro del programa evangélico.

El maestro de la Ley del que habla el evangelio estaba interesado en saber qué tenía que hacer, y de la mano de Jesús va a encontrar **la respuesta concreta**. Al final experimenta una invitación a salir de los estrechos moldes de la fe judía para acercarse a todo hombre sufriente y doliente. Jesús, mediante una historia

inventada, va a poner patas arriba todos los planteamientos anteriores. En la Ley estaba muy claro quién era el prójimo. Era el perteneciente al pueblo de Israel. Es posible que algunos se abrieran tímidamente a los de fuera.

Lo genial de Jesús es que define la proximidad no como **un dato objetivo**, que está ahí presente ante uno. Ser prójimo depende no del otro sino de mí mismo. Si soy capaz de acercarme al otro, existe el prójimo. Si estoy cerrado en mí mismo y en mis propios intereses, el prójimo no existe. Es lo que nos puede ocurrir hoy día en Europa. Antes los africanos estaban relativamente lejos, y no digamos los hispanoamericanos, y no nos inquietaban como prójimos. Hoy día viven entre nosotros, pero es muy difícil reconocerlos como prójimos porque no queremos acercarnos a ellos

Los representantes de la religión judía, el sacerdote y el levita, ven al hombre en necesidad, uno de su propio pueblo, pero dan un rodeo y pasan de largo. No son capaces de hacerse prójimos, de acercarse y quedarse al lado del herido. En contraste con ellos, Jesús describe la conducta del samaritano, del extraño, **del extranjero**, como el modelo de cercanía a la realidad del hombre. El acercamiento a las personas viene de la capacidad de sentir compasión ante los males del otro. Es el corazón el que impulsa a acercarse a las personas y a hacer por ellas todo lo que está en nuestra mano. Los sentimientos de compasión del samaritano no se quedan en meros sentimientos, sino que le llevan a tomar diversas medidas prácticas a favor del herido.

Tan sólo una persona como Jesús, que, siendo imagen de Dios invisible, ha sido capaz de acercarse al hombre malherido por el pecado (Col 1,15-20). Jesús es verdaderamente el Buen Samaritano en el que **Dios se nos ha hecho cercano**. Siguiendo sus huellas también la Iglesia hoy día, quiere ser una Iglesia samaritana para tantos hombres que siguen cayendo en mano de los bandidos. Que la celebración de esta eucaristía haga de nosotros ministros de la compasión, capaces de curar las heridas de nuestro mundo.